
LAS ONG EN LA CONQUISTA DEL TERRENO PERIODÍSTICO

JEAN-PAUL MARTHOZ*

PALABRAS CLAVE

ONG, medios de comunicación, periodismo de investigación, nuevas tecnologías.

RESUMEN

El periodismo contemporáneo es la historia de una retirada. Hay cada vez más “medios de comunicación” y cada vez menos periodismo. Hay más y mejores tecnologías a disposición de la prensa y menos grandes preguntas y reportajes periodísticos. En muchos medios, los comentaristas han sustituido a los reporteros, pero la irreverencia ocasional de sus opiniones no podrá jamás reemplazar la insolencia de una información crítica.

ABSTRACT

The story of the contemporary journalism is the story of a withdrawal. There is more media communication and less journalism; more and better technology available for press, but less and worst questions and journalist reports. In many mediums, commentators have replace reporters; but the occasional irreverence of their opinions will never replace the insolence of critic information.

* Jean-Paul Marthoz es columnista de relaciones exteriores para el diario *Le Soir* (Bruselas), profesor de periodismo en la Universidad Católica de Lovaina, y director de Instituto Europeo sobre Paz y Seguridad (GRIP). Autor de 4 libros sobre periodismo internacional y relaciones internacionales, y de 20 artículos y/o capítulos en obras colectivas, la mayoría vinculados con los derechos humanos y el papel de los medios al respecto. También es miembro del consejo asesor de *Human Rights Watch*, división Europa y Asia Central.

RÉSUMÉ

Le journalisme contemporain est l'histoire d'une retraite. Il y a de plus en plus de journaux et moins de journalisme. Il y a actuellement de meilleures et plus nombreuses technologies à disposition de la presse et moins de grandes questions et reportages journalistiques. Dans beaucoup de medias, les commentateurs ont remplacé les reporters, mais l'irrévérence occasionnelle de leurs opinions ne peut jamais remplacer l'insolence d'une information critique.

¿Quién ha revelado el uso de la tortura en las cárceles estadounidenses en Afganistán en 2003? *Human Rights Watch*. ¿Quién ha expuesto el robo de las riquezas mineras africanas por compañías multinacionales? *Global Witness*. ¿Quién ha documentado la explotación de migrantes birmanos en la industria pesquera tailandesa? El *Solidarity Center* de la confederación sindical estadounidense AFL-CIO.

El periodismo contemporáneo es la historia de una retirada. Hay cada vez más “medios de comunicación” y cada vez menos periodismo. Hay más y mejores tecnologías a disposición de la prensa y menos grandes preguntas y reportajes periodísticos.

La búsqueda de la información constituye el corazón del periodismo y de sus representaciones populares. Al Pacino, en la película *The Insider*, busca y pregunta. Robert Redford y Dustin Hoffman, en *Los Hombres del Presidente*, investigan y revelan. Mikael Blomkvist, el periodista héroe de la trilogía Milenio de Stieg Larsson, se empeña en descubrir la verdad.

Sin embargo, ya en el informe 2004 sobre el estado de la prensa estadounidense¹, el Proyecto para la Excelencia en el Periodismo constataba que los periodistas pasaban más tiempo procesando la información que buscándola. Y que corrían el riesgo de convertirse en simples estenógrafos de la información. “La nueva paradoja del periodismo es que hay cada vez más medios que cubren cada vez menos temas”², concluía la versión 2005 del informe.

En muchos medios, los comentaristas han sustituido a los reporteros, pero la irreverencia ocasional de sus opiniones no podrá jamás reemplazar la insolencia de

1. *The State of the News Media 2004. An annual survey of American journalism*, Project for Excellence in Journalism, Washington, www.stateofthemedias.org/2004

2. *The State of the News Media 2005*, www.stateofthemedias.org/2005

una información crítica. ¿Una información? Sí, esta cosa, como lo decía Lord Northcliffe, el famoso barón de la prensa británica, que alguien quiere esconder. El resto es publicidad.

El periodismo de investigación, el “florón” de la profesión cuando esta se define como “perro guardián” y contrapoder de las instituciones, está en crisis. Raros son los medios que tienen la capacidad o la voluntad del periodismo escudriñador. La investigación toma tiempo, cuesta cara y abre la puerta a muchos peligros: intimidación, asesinatos, juicios por difamación o daños e intereses, irritación del público y de las instituciones.

Sin embargo, no hay una verdadera libertad de prensa ni impera el verdadero periodismo si los periodistas no echan, como lo formula el famoso escritor argentino Horacio Verbitsky, “sal en la herida y guijarros en el zapato”³ de los poderosos, si no revelan, sobre temas de interés público, los dossiers que algunos quieren tapar.

El periodismo de investigación tiene poco que ver con el periodismo de filtración con el cual algunos a veces lo confunden. Encarna la autonomía de la prensa, su voluntad y su capacidad de poner la pluma en la herida, sin jugar el papel del sicario de poderes ocultos en un juego de influencias o de connivencia.

La libertad de prensa, proclama orgullosamente el semanario satírico francés, *Le Canard Enchaîné*, sólo se usa cuando no se utiliza. Ahora bien, la prensa no se sirve suficientemente de su poder de iniciativa, de anticipación y de revelación. Sale raras veces de los senderos balizados de la actualidad. Se precipita demasiadas veces en los callejones sin salida adonde los invitan los gabinetes de prensa y se dejan agarrar en los arrebatos mediáticos (media frenzies) que marginalizan o ahogan la información de interés público.

Los periodistas no son los únicos responsables de estas evoluciones. Otros han escogido lo que tenía que ser el periodismo. “La batalla en la cúpula de grupos de prensa entre los idealistas y los contadores está terminada –observa el Proyecto para la Excelencia en el Periodismo– y los idealistas han perdido”.

Los recursos financieros dedicados a la recolección y al tratamiento de la información han disminuido en muchos medios. Representan un 30% en un diario francés como *Libération* pero apenas un 10% en *Métro*. En los Estados

3. Horacio VERBITSKY, *El Mundo sin Periodistas*, Editorial Planeta/Espejo de la Argentina, Buenos Aires, 1998, p. 16.

Unidos, las grandes cadenas de televisión han cerrado la mayoría de sus oficinas en el extranjero, los grandes diarios regionales sólo dedican una parte ínfima de su espacio redaccional —el 3%— a las noticias internacionales. Como lo lamentaba un periodista estadounidense, “el mundo invade nuestra vida diaria mientras desaparece de nuestros diarios”.

Nuevas tecnologías

Las nuevas tecnologías de la información han complicado todavía más la nueva ecuación periodística. Tienen un lado oscuro: la Web es un pozo de rumores, de semi-verdades y de contra verdades, de difamación y de desinformación. Pero tienen también su aspecto luminoso: la Web ha permitido avances significativos en materia de acceso a la información. Internet abre extraordinarias bibliotecas virtuales, permite encontrar fuentes insospechadas, averiguar informaciones en un mero “clic” y abrir el diafragma de la información.

Estas tecnologías han permitido también a organizaciones e individuos esquivar los obstáculos puestos por el sistema mediático dominante para difundir informaciones u opiniones que caminan a contrasentido. Hay sitios de gran calidad que permiten obtener informaciones diferentes y disonantes que responden a criterios periodísticos abandonados por ciertos medios tradicionales.

No obstante, este nuevo espacio mediático trastorna y fragiliza los otros medios. Participando en la fragmentación de la audiencia, amenaza la capacidad de los medios de obtener anuncios y socava la base económica de recolección y procesamiento de la información.

La proliferación de los medios no es necesariamente sinónimo de auge del periodismo. Puede incluso desembocar en una degradación de la oferta periodística. En ciertos países que tenían una gran tradición de radio de servicio público, los noticieros de muchas radios privadas sólo son una sucesión de trozos de cables mal ajustados y mal digeridos. Los periodistas de redacciones raquíticas reciclan las mismas noticias que han encontrado en las mismas fuentes.

Por otra parte, la explosión en el paisaje mediático refuerza el poder oligopólico de las grandes agencias de prensa y de imagen. El aumento del número de pormenoristas de la información corresponde a una mayor concentración de los mayoristas de las noticias.

Relaciones públicas

Las relaciones públicas han adquirido estos últimos años un rol importante en el “ruido mediático”. Una cifra lo ilustra claramente: hay más encargados de comunicación en los Estados Unidos y en Francia que periodistas. Una gran parte de las informaciones que circulan hoy día en los circuitos de la información son en realidad inspiradas, fabricadas, por agencias de comunicación.

Lo que difunden estas agencias puede ser excelente, profesional, puede incluso ser exacto y honesto, pero no es nunca “información” porque su lealtad no esta con el público sino con la institución que la paga.

No es en las oficinas de prensa de la empresa petrolera francesa Total donde les darán informaciones críticas sobre Birmania. No fue tampoco en las oficinas de prensa de la Casa Blanca y del Pentágono donde informaron de manera fidedigna sobre los preparativos de la guerra de Irak en 2003.

En otras palabras, la capacidad de las autoridades públicas y de los grupos de intereses privados de controlar, formatear y deformar la información ha crecido de forma exponencial, desembocando, como fue el caso con la guerra de Irak, en una derrota del periodismo.

Las ONG no son las últimas en participar en este gran banquete de la comunicación. Su supervivencia depende en parte de ella. Sin cobertura mediática, los presupuestos se reducen y crece la tentación de dejarse arrastrar en las corrientes ambiguas del mundo de la comunicación.

El protagonismo de las ONG

En este contexto caracterizado por la “contracción” del periodismo, la proliferación de las plataformas mediáticas y el apogeo de las agencias de comunicación de entidades, ciertas ONG y ciertos centros de estudios se han transformado en proveedores de informaciones y de interpretación y han invadido el espacio tradicional del periodismo.

El fenómeno no es realmente nuevo. En el curso de los últimos treinta años, durante las “décadas humanitarias”, las ONG fueron a menudo actores de la información porque dependían de los medios para sacudir a gobiernos indiferentes o a un público dormilón.

Pusieron en marcha el famoso “bullicio o tam-tam mediático”, según la expresión de Bernard Kouchner, y mandaron a la escena de ciertas crisis humanitarias a equipos de periodistas, preferentemente tele periodistas, para fomentar la compasión de los donantes y la injerencia de los gobernantes.

Beneficiándose de una credibilidad mayor que los gobiernos, estas ONG activistas no sólo suministraron informaciones sino que también influyeron en la jerarquización de las noticias, escogiendo las crisis prioritarias de las que se iba a hablar y por defecto las que se iban a olvidar.

Ofrecieron también “narraciones”, cuadros interpretativos de los acontecimientos internacionales. Durante la huida a Zaire (actual República Democrática del CONGO) de centenares de miles de Hutus en 1994, la mayoría de las ONG y de las organizaciones de la ONU escogieron describir estos flujos humanos en términos esencialmente humanitarios, olvidando que entre estos refugiados se escondían miles de genocidas. Médicos Sin Fronteras (MSF) fue una de las pocas ONG que se negó a participar en esta fabricación de la “irrealidad”.

La participación de ciertas ONG en operaciones militar-humanitarias al lado de ejércitos ha incrementado los peligros de una instrumentalización de sus informaciones.

Más prosaicamente las ONG, que tienen una obligación de tener resultados, pueden ceder a la tentación de exagerar una amenaza para forzar a los gobiernos a intervenir y a los ciudadanos a dar.

En los últimos años, después de un periodo de euforia, los periodistas han aprendido a ejercer más circunspección hacia ciertas ONG. Cuestionan sus prioridades, sus motivaciones y sus políticas de comunicación. Y no están lejos de pensar que el tam-tam mediático oscurece a veces los verdaderos problemas y puede provocar errores de prioridad para los gobiernos.

La cacofonía entre los actores de las crisis humanitarias –ONG, fuerzas armadas, ONU, operadores privados– no arregla las cosas. Por ejemplo, la confusión sobre la calificación de los abusos cometidos contra la población de Darfur (Sudán) –¿genocidio, limpieza étnica, brutal contra-insurrección?– o la controversia sobre las llamadas a contribuciones a favor de las víctimas del tsunami asiático de diciembre de 2004 han complicado las intervenciones humanitarias.

Los “nuevos periodistas”

La mayoría de las ONG se quedan en la esfera de la solidaridad que les pertenece y cruzan con el periodismo sin pretender practicarlo. Ahora bien, desde hace unos años, algunas ONG hacen periodismo y a veces lo practican mejor que los propios periodistas. Sus investigadores investigan, hablan y escriben como periodistas pero no forman parte de la profesión.

La disminución de los recursos otorgados a las redacciones y el aumento de las generalizaciones en un contexto de crisis complejas han creado un mercado para investigadores y especialistas que trabajan en los terrenos olvidados del sistema mediático.

Ciertos responsables de ONG, constatando la evolución y la crisis de la prensa así como la importancia decisiva de la información, imaginan que su papel “periodístico” va a incrementar y tienen que preparar a sus organizaciones a asumir estas nuevas responsabilidades.

Carroll Bogert, directora adjunta de Human Rights Watch (HRW), es una de las personas más convencidas de esta realineación de los roles entre ONG y prensa y ha presentado su escenario en un artículo sobre el futuro del periodismo publicado por la famosa *Columbia Journalism Review*.

“Afortunadamente —escribe Carroll Bogert imaginándose en el año 2014—, los corresponsales de prensa no están solos. A su lado, desde Chechenia hasta CONGO o las montañas de Nepal, un ejército de investigadores de derechos humanos, de expertos académicos, de trabajadores humanitarios están también allí, recogiendo hechos. No tienen muchas veces entrevistas con el primer ministro y no se sienten obligados a citar al comandante de brigada contando que sus hombres no tienen nada que ver con esta masacre en un pueblo. Pero muchas veces, tienen mas experiencia que los periodistas que roban sus análisis, copian sus investigaciones y les citan en el párrafo 17 de sus artículos”⁴.

De hecho, organizaciones como Human Rights Watch o Global Witness han venido a ser mayoristas en noticias y encuestas. Mandan a sus equipos de emergencia en la zona de crisis como si fueran “enviados especiales”. Durante la guerra de Kosovo, los investigadores enviados por HRW a Macedonia y Albania mandaron cables urgentes prácticamente como si fueran agencias de prensa. Durante las últimas guerras de Oriente Próximo, en Jenine, Beirut o Gaza, los “reporteros” de HRW informaron en directo.

4. Carroll BOGERT, “Old Hands, New Voice”, *Columbia Journalism Review*, March/April 2009, p. 30.

El periodismo de investigación se ha convertido también en un área de predilección para estas “ONG de información”, sea sobre el tráfico de oro en la República Democrática del Congo, los diamantes de la muerte en Zimbabwe, el comercio de los órganos en China o el hostigamiento de los migrantes en Libia.

Las nuevas tecnologías de información y comunicación han duplicado su potencia, no sólo para obtener informaciones, sino para difundirlas hacia los medios e incluso para crear su propia autonomía mediática al desarrollar sitios en Internet parecidos por su presentación, su ritmo y su oferta de noticias y videos a los de grandes medios de información como la BBC o CNN.

Las ONG más influyentes han reclutado a grandes profesionales para asegurar que la calidad de sus reportajes y análisis correspondan a criterios de excelencia periodística. En el personal de HRW, por ejemplo, está el ex-jefe internacional del diario *The Independent*, una ex-corresponsal de *Newsweek* en Moscú y Beijing y un ex-editor de *Associated Press*.

Reforzando esta cultura periodística algunos periodistas viven en los dos mundos, como Horacio Verbitsky, cronista del diario *Página 12* en Buenos Aires y fundador de una de las más famosas ONG de derechos humanos, el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales). O Natasha Estemirova, asesinada en Grozny en julio 2009, que hacía encuestas para la asociación de derechos humanos Memorial y escribía para el periódico independiente *Novaya Gazeta*.

Estas ONG han ofrecido también un futuro a los grandes fotoperiodistas que cada vez más se enfrentan con un mercado cerrado en la gran prensa. Gilles Peress o Bruno Stevens salen para zonas de crisis como enviados especiales ya no de grandes medios sino de ONG. En 2009, Human Rights Watch ha encargado un reportaje sobre las mortalidad de las mujeres en India a la celebre fotógrafa Susan Meiselas de la Agencia Magnum.

Ciertos responsables de ONG están tan convencidos de la continuación de las tendencias hacia una erosión del papel de la gran prensa en la información internacional que imaginan, como le sugiere Carroll Bogert, “la creación de un consorcio de ONG de información para alimentar la gran prensa con contenidos internacionales de alta calidad, informar al público de lo que está pasando en el mundo y reciclar este contenido multimedia hacia las ONG mismas para uso en sus sitios Web o para sus donantes”.

¿Están estas ONG en el mismo mundo que la prensa? No, si se consideran los objetivos que persiguen. Se trata para ellas no sólo de informar, sino de

“informar para cambiar” las políticas gubernamentales o la actuación de las instituciones internacionales.

Sus métodos, sin embargo, las sitúan sin lugar a dudas en el campo del periodismo. La credibilidad de estas organizaciones depende de la calidad de las informaciones y de las opiniones que difunden, más a veces que los medios tradicionales que resisten bastante bien a sus errores, sobre todo cuando estos refuerzan los prejuicios y los clichés de su público.

El rigor de los hechos es el zócalo del trabajo de información de estas ONG. La comprobación de las informaciones es imperativa porque el más mínimo error amenaza con desprestigiar la totalidad de un informe o incluso desacreditar a toda la organización y para mucho tiempo.

El criterio de imparcialidad les aproxima también al mundo periodístico. Aunque las ONG muestran su “parcialidad” a favor de los derechos humanos o de la justicia social, sólo pueden alcanzar sus objetivos por medio de la imparcialidad. La frialdad frente a los hechos, incluso los que molestan, y la sumisión de todos los actores (gobiernos de derecha o de izquierda, Estados y empresas, etc.) a los mismos criterios de evaluación de sus políticas y actuaciones son la garantía de su compromiso con la verdad.

Estas ONG comparten también con el periodismo la conciencia aguda de la importancia de las palabras justas. Calificar una situación de masacre o de genocidio tiene consecuencias sobre la reacción de la comunidad internacional, la reputación de los contendientes y la suerte de las víctimas.

“Las palabras tienen implicaciones concretas –escribía en 2004 el editorialista de la revista francesa de MSF a propósito de Darfur–. Producir nuestro propio lenguaje es un punto de partida para producir socorros eficaces. Significa también defender nuestra independencia respecto a todo poder, en el interés único de las poblaciones a las cuales atendemos. Implica extraerse de la propaganda y resistir a la era de la confusión, al aire del tiempo”⁵.

Estas ONG tienen naturalmente sus prioridades, sus cálculos y sus reflejos. Según un estudio de Jim Ron de la Universidad McGill de Montreal, las ONG de defensa de los derechos humanos escogen también sus crisis según criterios de “rentabilidad mediática” y no sólo en razón de su gravedad o importancia intrínseca⁶.

5. “A l’ombre des mots justes”, *Messages*, octubre/novembre 2004.

6. James RON, Howard RAMOS y Kathleen Rogers, *Transnational Information Politics: NGO Human Rights Reporting 1986-2000*, McGill University, Montreal, 53 páginas.

Pero, para estas ONG “periodísticas”, resulta más importante trabajar en el terreno de la información que de la comunicación, es decir establecer sistemas de recolección, tratamiento e interpretación de la información que les permitan ser elementos fiables en la cadenas de las noticias, aportar hechos comprobados y darles sentido.

¿Qué hacer?

En un universo mediático atiborrado, las ONG están desarrollando su autonomía frente a la prensa tradicional. Crean o participan en redes de información especializadas, como AlertNet de la Fundación Reuters. Apoyan proyectos específicos de información alternativa como la asociación Witness que educa a ONG en las tecnologías audiovisuales para documentar crisis y abusos de derechos humanos.

Las ONG por lo tanto tienen responsabilidades en la esfera de la información. Por ello, tendrían que adoptar como principio el compromiso de no agravar la contaminación de los flujos de informaciones ni las fallas del periodismo. Deberían respetar los principios fundamentales de esta profesión difundiendo una información rigurosa sin exageraciones ni manipulación. Deberían contribuir a mejorar el periodismo, compensando sus ausencias o sus descuidos, dirigiendo la lámpara sobre las crisis olvidadas y suministrando por sus encuestas los elementos que, muchas veces, escapan a las miradas fugaces de los medios.

Por otro lado, las ONG no pueden a la vez quejarse de los medios y tratar de instrumentalizarlos. En otros términos, las organizaciones humanitarias o de desarrollo no pueden quedar indiferentes y pasivas frente a las evoluciones de la economía de los medios ni aceptar la degradación del discurso público por el amarillismo o el espectáculo.

La defensa de los medios de calidad y del servicio público o el rechazo de la ultra comercialización de la televisión no tendría que ser la causa corporativista de periodistas gruñones nostálgicos del tiempo feliz del monopolio de Estado. No, esta cuestión tendría que preocupar a todos los que ansían una información ciudadana y solidaria. Y por lo tanto a todos, como las ONG, los que actúan en el terreno humanitario o de desarrollo.

En 1997, por ejemplo, Human Rights Watch y Article 19 denunciaron los proyectos del gobierno británico de reducir el presupuesto del servicio mundial de la BBC porque las dos ONG estaban convencidas que en todas partes del mundo decenas de millones de personas se informaban en la BBC, en particular sobre situaciones de violaciones de derechos humanos y de crisis humanitarias.

La “Reconquista”

Para los periodistas, una reconquista de las tierras perdidas es esencial. Frente a catástrofes que amenazan con destruir a miles de personas, frente a genocidios o violencias masivas, la prensa no puede pecar por indiferencia. Porque ella puede hacer la diferencia.

Algunos protestarán contra esta llamada al activismo y enarbolarán el estandarte de la “objetividad”. Pero este estandarte a veces no es más que un velo muy cómodo que enmascara la realidad del mundo tal como es y denota una abdicación de los principios esenciales de la profesión.

No podemos olvidar que famosas páginas del periodismo han sido escritas por periodistas “comprometidos” que se han atrevido a hacer campaña a favor de víctimas de crisis o de dictaduras o se han empeñado en hablar de países brutalizados borrados del planeta de la información. Roy Gutman, reportero del diario *Newsday* en la ex-Yugoslavia, Jean Hatzfeld (*Libération*) cronista de la tragedia ruandesa o John Pilger (*The New Statesman*), incansable denunciador de la ocupación de Timor del Este por el ejército indonesio, son ejemplos de este periodismo de “militancia” y de excelencia.

En los Estados Unidos, durante los meses que precedieron la invasión de Irak, la gran prensa se durmió sobre su edredón patrioter. Fueron pocos los periodistas que cuestionaron las declaraciones oficiales y averiguaron los “hechos” que revelaba la Casa Blanca.

Un periodo de mea culpa y de “media culpa” ha seguido, empujando a grandes medios a volver a caminar en los senderos de la investigación crítica. El semanario *Time* reveló la masacre perpetrada por las fuerzas armadas estadounidenses en el pueblo de Haditha, en Irak. La cadena de televisión CBS y la revista *The New Yorker* publicaron las fotos de tortura en la prisión de Abou Ghraib. El *New York Times* ganó un premio Pulitzer por su encuesta sobre la manipulación de la información por la administración Bush.

¿Se abre un nuevo periodo en que van a confluír virtuosamente los esfuerzos de las ONG y de una prensa convencida de su misión de informar?

El desarrollo de las actividades periodísticas de las ONG antes mencionadas va a continuar. Han entendido el poder que les otorga este esfuerzo y saben que disponen en Internet y en medios sociales (Facebook, en particular) de la capacidad de difundir sus informaciones sin depender de la buena voluntad de los medios clásicos.

La evolución dentro del periodismo es menos segura porque los modelos económicos y tecnológicos del futuro están todavía borrosos. Pero aparecen poco a poco iniciativas “mestizas” que tratan de “llenar el vacío”, como el *Bureau of International Reporting* o *GlobalPost*, que han imaginado nuevas maneras de filmar y contar lo que pasa en el mundo.

Por su parte, ciertas fundaciones se han lanzado en la financiación de iniciativas periodísticas de interés público y sin fin de lucro, como el *Pulitzer Center on Crisis Reporting* o el *International Consortium of Investigative Journalists*.

Una convicción fuerte anima todos estos esfuerzos. Que se practiquen en medios convencionales, dentro de ONG de información o proyectos híbridos que concilian el aporte del periodismo y de la sociedad civil, los valores del periodismo indican la vía del futuro.